

puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta de Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio, olvidáronse licenciarlo. Eso es grandeza y eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre.—*Mariano Latorre.*

POESIA

DÍAS DE CANCIONES, por *González Carbalho*.—Viñetas de Pettoruti.

El señor González Carbalho es un joven escritor argentino que ya cuenta en su haber con numerosos libros, todos ellos escritos en verso, exceptuando *El libro de Angel Luis*. Según se manifiesta en la lista de obras, que viene en *Días de Canciones*, encuéntrase agotados, lo que indica que este autor es bastante leído en la República Argentina.

Días de Canciones es un libro de versos amorosos. «Cancionero de amor» lo llama González Carbalho. Sí, de amor, pero de un amor sin sollozos ni quemaduras, sin la violencia vigorosa de la pasión, sin el sufrimiento y el goce extremado a su culminación más alta, dualidad imprescindible en el sentimiento amoroso. El amor de González Carbalho es suave, desleído; de presencia muy pálida, desteñida. Un amor que parece no fuera de varón, sino más bien femenino por la dulzura permanente aunque nunca penetrante. González Carbalho

podría mostrar acaso con su libro aquello—para nosotros discutible—de que

el artista debe tener una buena porción de mujer en su composición. (Salvador de Madariaga).

Un aspecto fácil de observar en *Días de Canciones* (1) y que camina paralelo, en cuanto preponderancia, a la motivación y esencia amorosa de este libro, es el tono de pena, de pequeña tristeza que lo invade. El mismo González Carbalho lo insinúa bellamente:

Cancionero de amor
en que la pena asoma
su rosada pupila de paloma.
Lo ilustran la golondrina y la
[flor.

Esta pena, evidentemente discreta, por lo demás, está en perfecta consonancia con el amor también discreto que expone González Carbalho en las páginas de su última obra. Desgraciadamente, esta discreción de González Carbalho para expresar sus sentimientos hace a *Días de Canciones* un tanto anodino y apagado. La monotonía se encuentra con frecuencia y el canto se desenvuelve a menudo con una espesa lentitud. Solo de vez en cuando una imagen conseguida le proporciona animación; aunque parcialmente, en poemas aislados, no alcanzando a salvar la totalidad de los mismos, que es siempre desafortunada.

Pero, con seguridad, lo que más influye en el deficiente resultado de

(1) Publicaciones «El Inca», Buenos Aires.

esta obra es la escasa fuerza del temperamento de González Carbalho. Sus versos demuestran una casi completa ausencia de calidad lírica, una desnudez casi absoluta de materiales poéticos, siendo la mayoría de ellos versos fáciles, simples vulgaridades rimadas.

Deja que en tu sonrisa me repose
porque cabe cantar para mi pena
remansadas canciones de azucena.
Mi corazón en ella te conoce.

No hallará en ti desventurado
[goce,
engaño de la clásica sirena.
Crece en tu predio la piedad serena
y en tu gesto el amor se reconoce.
Etc.
(«Deja que en tu sonrisa», pág. 47).

Si mi espíritu encierra
tu palabra de amor,
¿cómo escuchar, señor,
palabras de la tierra?

Si es tu voz aquel cielo
que crucé en mis viajes
¿qué terrestres paisajes
pueden darme ese vuelo?
(«Tu palabra de amor», pág. 77).

Que tu guardiana caridad me siga.
Sé el signo de la cruz sobre mi frente;
comunicate en mí y está presente
en todo lo que haga y lo que diga.
etc.
(«Soneto a María Irene», pág. 41).

Sin duda, González Carbalho tiene la costumbre del verso. No ha de necesitar esfuerzo alguno para construirlo. De otra manera no se explica la publicación de esta obra, ya que no existe en ella nada dignificado estéticamente ni recorre sus páginas ningún propósito serio de realización artística. Cuando se carece de la conciencia de lo difícil, es decir, la necesidad de vencer lo difícil, es imposible po-

seer el control de nuestras facultades. Nos dejamos arrastrar fácilmente por ellas, perdiendo el sentido de la honestidad para con nosotros mismos. Se olvida la depuración, la limpieza interior y se entrega al público lo que se debió dejar en un cajón de escritorio.

González Carbalho se halla en este caso. *Su día de Canciones* para un primer libro no sería del todo desdeñable; al contrario sugeriría posibilidades más o menos alentadoras, pero para ser la sexta obra de un autor es demasiado, pues González Carbalho demuestra experiencia en el manejo del verso y, sobre todo, algunas cualidades estimables que nos obligan a exigirle mucho más de lo dado. Y aunque su temperamento, además de la escasa fuerza de conjunto que le señalábamos, con anterioridad, se deprecia por dispersión y por lo inorgánico de su estructura, manifiesta sin embargo potencia en aspectos transitorios o intermitentes. Si González Carbalho poseyera capacidad coordinadora podría dirigir esa potencialidad y alcanzar consecuencias decorosas. También si tuviera capacidad de síntesis, pues si se intentara reunir los aciertos parciales de *Días de Canciones* podríanse formar con ellos dos o tres poemas más o menos interesantes.

Antes de terminar, debemos confesar que desconocemos las obras anteriores de González Carbalho. No sabemos si ellas son de realizaciones más afortunadas que *Días de Canciones* ni tampoco si ésta es una regresión o un avance en rela-

ción con aquéllas. Si fuera lo último, ya nada podríamos esperar de González Carbalho, pues sabríamos que le sería sumamente difícil que lograra superar la mediocridad presente. Queremos creer que no es así y que más bien su último libro es un retroceso.—
A. T.

GAJO DE CREPÚSCULOS, Poesías de
Vicente Moreno-Mora.

Este poeta ecuatoriano, que usara hasta ayer, y no sin aciertos, las formas clásicas del verso, y diera a sus poemas el claro contenido que el modernismo pusiera en la estrofa, ha oído el llamado de vanguardia, y en este «Gajo de Crepúsculos» (1) nos muestra lo que es capaz de hacer dentro de la modalidad en uso.

Vicente Moreno-Mora, a pesar de sus deseos y de sus esfuerzos, no logra dar a sus poemas la completa oscuridad ideológica que alcanzan otros vanguardistas más afortunados que él, ni hay tampoco en su obra gran novedad de imágenes que sorprendan y desorienten.

En «La Novia del Plenilunio», hallamos la medida justa de su vuelo no logrado:

De la casilla del imposible
sales, al grito rojo de la luna.

En el camino asfaltado de soledad
editamos nuestras sombras.

De tu boca se desgajan las pala-
[bras.
coloradas de sueños y reproches.

(1) Cuenca, Ecuador, 1932.

En el cartel del plenilunio
vamos aprendiendo el alfabeto
[sentimental
que nos olvidamos al paso de las
sombras.

Cuando los poetas de vanguardia no consiguen ser totalmente incomprensibles, se advierte el truco sin gran esfuerzo, y queda su obra como una pobre cosa sin interés. La receta de la imagen introspectiva aplicada a las sensaciones visuales y a los procesos del espíritu debe cumplirse con severidad si quiere lograrse el mote de «actual».

No es tan fácil la iniciación, como algunos creen, en estos ritos que desprecian la armonía y el motivo emocional.

Este poeta ecuatoriano no alcanzará éxitos muy halagüeños en su nueva postura. El auto-examen de facultades le sería beneficioso, y no tardaría así en corregir el rumbo que creemos equivocado.

EN LA TORRE DE MARFIL, poesías
de *Manuel Moreno-Mora.*

¿Cuántos libros, en la época romántica y en los comienzos de la era modernista, se publicaron con el mismo título que ha dado a sus versos este poeta de Cuenca? La torre de Marfil fué hasta ayer seña de distinción espiritual, de aristocracia artística que huía del ajetreo del mundo y laboraba sus poemas en un retiro voluntario, que casi siempre fué sólo una leyenda.

El sólo título nos advierte que el poeta no se ha afiliado a las co-